



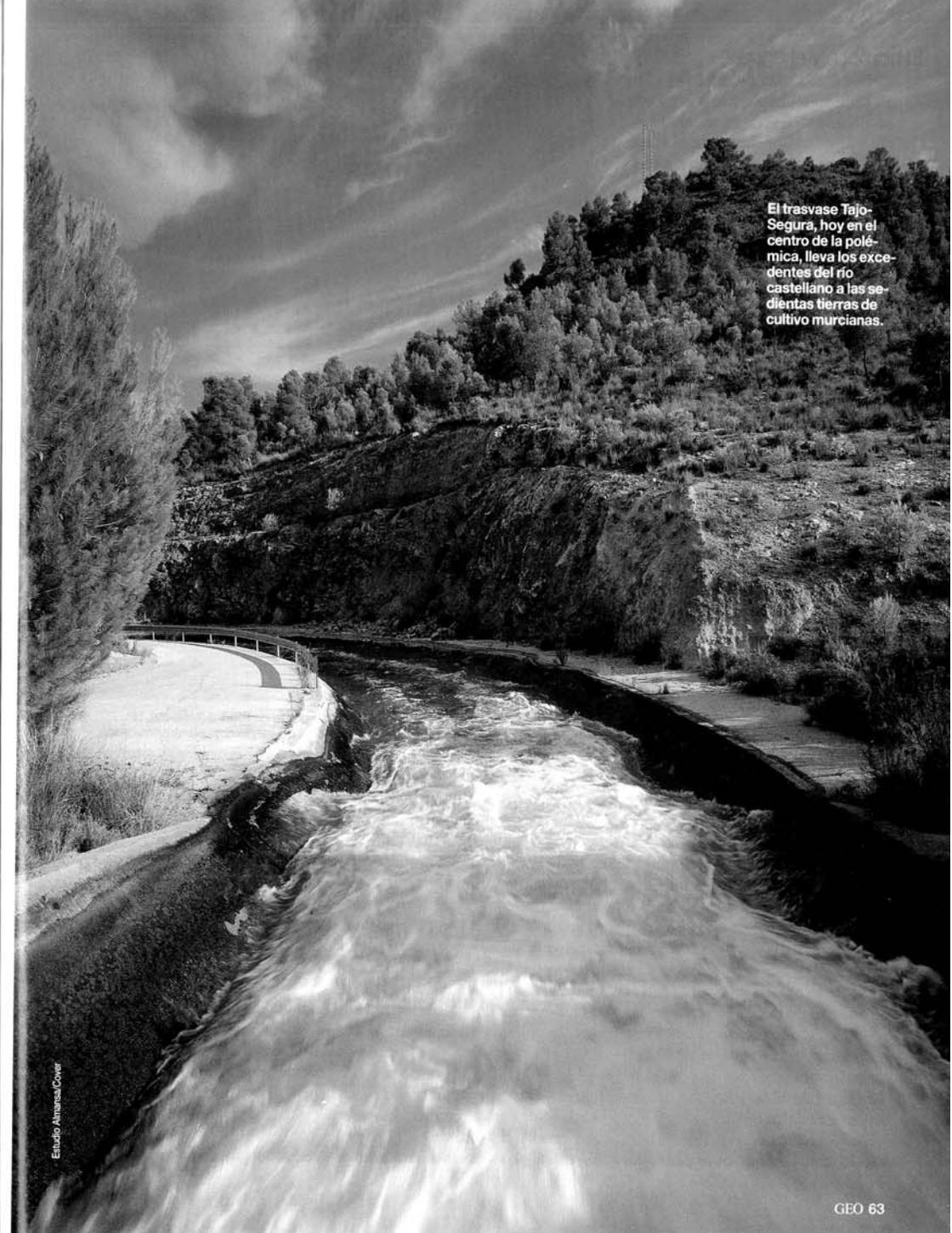
Un ganadero de la sierra madrileña llena el abrevadero —en realidad, tres viejas bañeras— de sus vacas durante la sequía que tuvo lugar a principios de los años noventa. La agricultura y la ganadería consumen cerca del 80 por ciento del agua disponible en nuestro país.

La penuria y el derroche conviven en nuestros campos



Roger Tutman/Cortés/Cover

Aunque la aspersión conlleva más pérdidas por evaporación que el riego por goteo, se trata de una técnica de utilización habitual en toda la Península.



El trasvase Tajo-Segura, hoy en el centro de la polémica, lleva los excedentes del río castellano a las sedientas tierras de cultivo murcianas.

Estudio Almansa/Cover

Los flamencos han pasado de largo. Una lámina de sal cristalizada cubre las 1.554 hectáreas de la laguna de Fuente de Piedra (Málaga), uno de los aguazales más importantes de la península Ibérica. Hace un calor sofocante, y los turistas apenas asoman la nariz fuera del Centro de Interpretación, donde la exposición y el audiovisual muestran un decorado muy distinto al que se cuece ahora bajo un sol de justicia. Los viejos del lugar recuerdan que durante los buenos meses de agosto, la gigantesca cubeta llegaba a tener más de dos metros de profundidad en algunos puntos. Y la vida bullía: casi 20.000 parejas de flamencos sacando adelante 14.500 pollos.

—Pero este año han continuado su viaje. En un par de días son capaces de plantarse en Mauritania —explica Manuel Rendón, director de la Reserva Natural.

Tampoco hay rastro de las ruidosas fochas ni de los inquietos limícolas que patrullan por el barro en busca de alimento. El silencio es atronador en el plato lechoso de Fuente de Piedra. Pero Rendón no se rasga las vestiduras:

—El ciclo ecológico de esta laguna está condicionado por la meteorología —explica—. En un año seco como este, los organismos de los que se alimentan las aves resisten en el sedimento. Las plantas han soltado sus semillas antes de sucumbir al duro estiaje. Cuando regrese el agua, la vida volverá a abrirse camino.

Hoy, la fotografía de este paraíso es el negativo de lo que se vende en los folletos. Pero los conservadores que trabajan aquí creen que en años venideros llegará otro agosto como el de 1990, cuando 40.000 flamencos se enseñorearon del humedal.

Porque el caso es que en España llueve. No tanto como en otros países eu-

ropeos, claro, pero llueve. Las series históricas reflejan una media de 684 milímetros al año, con extremos de cerca de 2.000 en el norte, muchas zonas que rondan los 1.600, y otras, como las islas Canarias orientales, con menos de 200. Es decir, se manejan unas cifras parecidas a las que mencionaban los pioneros de los estudios pluviométricos (Dove o Hellman, entre otros) en el último tercio del siglo XIX. En este sentido, nada ha cambiado de forma sustancial.

—Llueve lo suficiente como para que hubiera agua para todo tipo de usos —dice Jorge Olcina, climatólogo de la Universidad de Alicante. Sin embargo, todos sabemos que no es

asi. Hay muchas razones para que, con frecuencia, ese pozo razonablemente surtido no dé abasto. Algunas tienen que ver con las particularidades de nuestro clima, sobre todo la irregularidad de las precipitaciones. Llueve, pero de manera muy desigual, tanto desde el punto de vista geográfico como temporal. Además, una parte importante de lo que cae desaparece sin provecho debido a la evaporación. En resumen: el agua está mal repartida, y todos los análisis coinciden en ello. No obstante, hay otras causas de la amenaza seca que tienen mucho que ver con la gestión política y económica, con la imprevisión, con el caudal que se pierde en una red con fugas, con el precio...

Un senderista camina junto a la laguna de Fuente de Piedra (Málaga), la más importante de Andalucía. Este año se ha quedado completamente seca.

José Luis Roca/APPI/Getty Images



AQUELLOS AÑOS DE LA SED

Miguel de Unamuno decía que "la geografía española tiene el problema de los seiscientos". Es decir, le faltaban 600 litros por metro cuadrado de precipitaciones y le sobraban 600 metros de altitud media (aludía a la dificultad de las comunicaciones en aquellos años). La lluvia, o su ausencia, siempre han sido un motivo de debate. En 1850 ya encontramos un texto titulado *Fenómenos meteorológicos en la península Ibérica desde el siglo*

IV hasta el XIX, de la Real Academia de Medicina. A partir de entonces, hay decenas de referencias literarias y científicas. Sin embargo, según el catedrático Enrique Cabrera, en los despachos "sólo se acuerdan de Santa Bárbara cuando truena". Y eso a pesar de que ha tronado mucho, y de que los rastros secos se pierden en la bibliografía. Hasta el siglo XIX, las grandes sequías iban seguidas de hambrunas y epidemias. Por ejemplo, en 1734

se requisaron en Alicante los cargamentos de cereal de los barcos que atracaban en el puerto. Antonio Gil Olcina, en el libro *Causas y consecuencias de las sequías en España*, cita 1801 como un "año del hambre" en la cuenca del Segura, tras un lustro sin lluvia. Y recuerda también un Real Decreto de marzo de 1850

en el que se instaba a buscar la "mejor memoria sobre las causas de las constantes sequías en las provincias de Murcia y Almería". El siglo XX está lleno de períodos sin agua: 1909-1914, 1917, 1920-21, 1938, 1944-45, 1953-54, 1964, 1973-74, 1980-84 y 1990-95, el último gran zarpazo. ¿Nos hallamos ante el próximo?



El embalse de La Minilla, uno de los pantanos que abastece a la ciudad de Sevilla, ofrecía este aspecto en 1992.

Emilio Moronati/EFE

► El precio del agua, opinan los expertos, es clave para ese derroche de un bien escaso.

—En España se paga un precio político, ridículo, porque se tiene la idea de que el agua cae del cielo y de que, por lo tanto, es gratis. Pero las infraestructuras no lo son, y esas inversiones las debe pagar el usuario—dice Cabrera.

En su opinión, la tarifa del agua potable tendría que multiplicarse por cuatro, y la de saneamiento, por cinco.

—Mientras eso no ocurra, ¿por qué va a arreglar alguien las tuberías si le resulta infinitamente más barato gastar tantos litros como necesite?

El sufrimiento de los 170 vecinos de Antillón, un pueblo de La Hoya de

Huesca, ejemplifica la imprevisión que menciona el profesor Cabrera.

—Estamos al límite—reconoce Cristina Benito, la alcaldesa.

Durante todo el verano no han podido regar los tomates, las judías o las cebollas; ni, desde luego, llenar las piscinas. Tampoco las diez ganaderías y las personas que aquí viven, tan cerca de las cumbres de los Pirineos y de la sierra de Guara, lo han tenido fácil, aunque siempre han contado con las cisternas del canal del Cinca.

—No hay agua, y la razón es sencilla: la mala gestión. Muchos años vemos cómo hay que abrir las compuertas porque los embalses no pueden contener el agua del deshielo. La guerra de los

pantanos entre los partidos políticos ha hecho imposible hacer más grandes los que hay o planificar alguno nuevo. Ahora pagamos las consecuencias, porque no tenemos esos metros cúbicos que se fueron a ninguna parte.

En España se gasta bastante más que en otros países que, en teoría, tienen los depósitos llenos. En el capítulo doméstico se cita la cifra de 64 metros cúbicos por habitante y año, una media sensiblemente superior a los 41 de Bélgica, los 46 de Alemania o los 59 de Francia. La diferencia de precio, muy favorable para nuestros bolsillos, está otra vez detrás de esas estadísticas. Pero el gran volumen del consumo se lo lleva el campo, en torno al 80 por ciento del total. Este dato no debe extrañar si recordamos que las explotaciones agrícolas más rentables se hallan en la España seca, y que aún mandan abrumadoramente los sistemas de regadío por inundación (más del 66 por ciento según los últimos datos del Instituto Nacional de Estadística, publicados en 2002).

Los agricultores de Totana (Murcia) llevan meses tirando de los pozos, pero a los campos no les sienta igual estas aguas con abundante salinidad que las procedentes del trasvase del Tajo, un suministro que ha aumentado la intensidad de la “guerra” entre Castilla-La Mancha y Murcia durante los últimos meses.

—El problema no es este año, sino el que viene—confiesa José Cánovas, que cultiva hortalizas y uva de mesa en el valle del Guadalentín—. La sequía no desaparece de la noche a la mañana: cuando era chico, pasaba igual. La cosecha de cebollas ha sido un desastre, por lo pequeñas que están y por las plagas asociadas a la escasez de agua. Si se pierden las hortalizas es grave, pero la temporada siguiente plantas otras y te encomiendas al cielo. Si se mueren las parras, en cambio, necesitas cuatro

Con la sequía se acelera el paulatino avance del desierto



Además del sur de España y algunas islas Canarias, amplias zonas del centro y del noreste peninsular se encuentran en peligro de desertificación.



EFE

Apicultores de Piedrabuena (Ciudad Real). En muchos lugares, la falta de lluvias se traduce en escasez de flores y, por tanto, de miel.

años hasta lograr otras productivas.

El valle del Guadalentín, como tantas zonas del sureste de la Península, depende del Tajo para su supervivencia. A finales de junio, el Consejo de Ministros aprobó el trasvase de 82 hectómetros cúbicos para pasar el trance del verano, una decisión salomónica que no satisfizo a Murcia, que pedía 120, ni a Castilla-La Mancha, que ofrecía 30. Francisco Seva, portavoz de la Asociación Agraria de Jóvenes Agricultores (ASAJA) de Murcia, ha echado sus cuentas:

—Durante esta estación terrible se ha perdido casi el 80 por ciento de la producción de hortalizas, cereales y frutas de la región. En el último lustro, las rentas de los campesinos han disminuido un 35 por ciento. Y la ministra de Medio Ambiente, Cristina Narbona, cree que va a resolver el problema con desaladoras. Habrá que plantearse seriamente traer agua del Ródano. ►



Pedro Arnestro/AFP/Getty Images

Un pescador prueba suerte en el embalse de Buendía (Toledo), cuyas orillas retroceden más y más debido a la ausencia de precipitaciones.

► José Luis Rubio, presidente de la Sociedad Europea para la Conservación de Suelos, tuvo los primeros datos de que podía estar comenzando un nuevo ciclo de sequía en octubre de 2004.

—Estos periodos —explica— inciden en el funcionamiento biológico del suelo, disminuyen las reservas y provocan que el terreno sea más frágil ante la erosión.

O por decirlo de otra manera, aumentan la alerta ante un enemigo feroz: la desertificación, definida por la ONU como la degradación de las tierras producida por variaciones climáticas y actividades humanas. La sequía multiplica los riesgos para el maltrecho suelo ibérico, un mosaico muy complejo en el que dos de nuestros tres desiertos, Los Monegros y Las Bardenas, están en el tercio norte (el otro es Tabernas, en Almería).

—Debido a su poca espectacularidad, los procesos de desertificación pasan desapercibidos —añade José Luis Rubio—. Y sin embargo, las consecuencias, incluso económicas, son muy apreciables. Aumentan los efectos de las inundaciones y las posibilidades de que se produzcan incendios forestales, por citar dos ejemplos.

En su opinión, la “mancha amarilla” que vemos en los mapas de riesgo viaja sin compasión por Alicante, Valencia, Almería, Murcia, Málaga, Albalate, Ciudad Real, Zaragoza...

—Somos el país más árido del continente europeo, el más amenazado, pero no hay una conciencia social y política sobre todo esto.

Pero, ¿cuánto cuestan las sequías? El ejemplo del periodo entre 1992 y 1995, muy estudiado, deja cifras relativamente modestas: 3.000 millones de euros y unos 20.000 empleos en Andalucía.

—La ligazón de nuestra economía con el agua no es muy fuerte. Sólo hay 300.000 personas que vivan exclusiva-



Convocados por el Sindicato Central de Regantes del Acueducto Tajo-Segura, miles de murcianos se manifestaban el pasado mes de julio en defensa del trasvase.

EFE

mente del campo —asegura Alberto Garrido Colmenero, del Departamento de Economía y Ciencias Sociales Agrarias de la Escuela Técnica Superior de Ingenieros Agrónomos, en Madrid—. La economía se resiente, pero la situación no es catastrófica, sobre todo cuando nos encontramos en una sequía, de momento, solo meteoroló-

gica. La hidrológica suele llegar al tercer año de escasas precipitaciones, cuando ceden las aguas subterráneas y se acaban las reservas.

No obstante, en ciertas comarcas y sectores, el impacto es apreciable. En España hay 24.000 apicultores, 4.000 de ellos profesionales que sufren directamente en sus bolsillos la ausencia

de precipitaciones. Anastasio Marcos, la cuarta generación de criadores de abejas en su familia, tiene 700 colmenas en El Barco de Ávila (Ávila), Guijuelo (Salamanca) y Talavera de la Reina (Toledo). El efecto económico de este ciclo seco lo resume en un par de datos, mientras conduce para comprobar el desastre sobre el terreno:

—De cada colmena se obtienen once kilos de miel, pero este año la producción será nula: lo ha sido en junio y lo será ahora, en septiembre, y encima perderemos colmenas. Las abejas no tienen flores donde libar, y eso no tiene ninguna solución inmediata.

“Archivado” en la papelera el Plan Hi-

nes menos conocidas por el público que también forman parte del proyecto, como la creación de bancos públicos de agua en cada cuenca hidrográfica. Esta iniciativa —que ha tenido buenos resultados en California, por ejemplo— apela a la responsabilidad de las regiones en la gestión hídrica y abre la posibilidad de que algunos puedan renunciar a sus derechos a cambio de compensaciones económicas, para

ha ocurrido desde hace un siglo, un papel mojado más? España parece condenada a un debate hereditario.

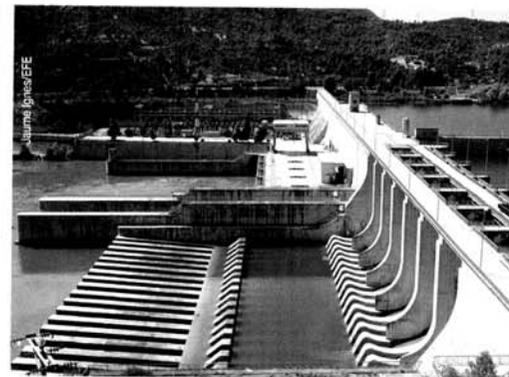
Entretanto, el sol ha caído como una manta agobiante durante el verano. ¿El primero de otro periodo seco? María José de la Mata, 40 años, guía de turistas en Córdoba, lo ha sufrido cada día.

—La ruta normal dura dos horas y media, suficiente para contemplar alguna lipotimia y más de una protesta. Mu-

Ahora, el Gobierno apuesta por las plantas desaladoras



Cover



Habitantes de Utrera (Sevilla) llenan bidones de agua durante una sequía. A la derecha, presa del Ebro en Riba-roja (Tarragona). El embalse jugaba un importante papel en el anterior Plan Hidrológico Nacional, desechado por el Gobierno socialista.

drológico del anterior Gobierno, que tenía en el trasvase del Ebro su punta de lanza contra la sed de la España seca, el Ejecutivo socialista ha apostado por las desaladoras como eje de su programa AGUA (Actuaciones para la Gestión y Utilización del Agua), una propuesta que ha sido tildada por sus críticos de cara, poco rentable y perjudicial para el medio ambiente. El líquido vendrá de donde sobra —el mar—, aunque habrá que dulcificarlo a través de una veintena de instalaciones repartidas a lo largo del litoral mediterráneo. De todos modos, existen otras solucio-

que ese excedente llegue a zonas necesitadas (ver GEO nº 221).

El agua barata se va a acabar. Se establecerán tarifas acordes con los costes reales de su obtención y tratamiento. Tocados los bolsillos —un lenguaje que parece entender todo el mundo—, los consumidores aprenderán a cerrar el grifo a tiempo; o al menos, es lo que piensan los políticos. Eso no debe postergar un aspecto esencial: la optimización de las infraestructuras. Es decir, acabar con las fugas y goteras. El nuevo plan está ahí, aún envuelto en celofán, a la espera de ejecutarse. ¿Será, como

chos estadounidenses, por ejemplo, no saben a dónde vienen —afirma.

A un pequeño horno, podría decirse. El récord de temperatura máxima en España lo ostenta Sevilla, en 1876, con 51 grados centígrados, pero las condiciones de observación no eran las homologadas. La cifra reconocida se registró junto a la Judería, la sinagoga y el alcázar de Córdoba: 47,4 grados (7 de agosto de 1976). María José despliega su abanico, abrumada, y saca la botella de agua del bolso. En la calle le espera otro grupo de excursionistas, esta vez italianos. ■